

Población y desarrollo en México: 1950-1995

Pedro Hugo Romero Flores
Tarsicio Torres Chávez

El artículo analiza la evolución demográfica de México en el contexto de la dinámica económica en el período de 1950 a 1995. A partir de la revisión del comportamiento de los principales indicadores demográficos y económicos para el caso de nuestro país, se plantea que los altos ritmos de incremento poblacional no siempre conducen a efectos regresivos en el desarrollo económico. Asimismo, la experiencia reciente indica que la sola presencia de tasas moderadas de crecimiento demográfico no asegura un crecimiento demográfico.

Lo anterior pone en tela de juicio el argumento que sostiene que los principales factores que dan origen a los problemas económicos actuales de México, son de orden demográfico. Por ello, la orientación fundamental de la política de población en los últimos años de incidir en la fecundidad para adecuar la dinámica demográfica a las metas económicas, debe ser concebida como un elemento que coadyuve a aminorar las presiones futuras en la demanda de servicios. En este sentido, se establece que éste es sólo un aspecto dentro de una gran diversidad de desafíos que se deben encarar para responder a los desajustes originados por el modelo de desarrollo adoptado.

**Escuela de Economía, UMSNH.
CREFAL.**

Introducción

En este trabajo se analiza la evolución demográfica de México entre 1950 y 1995, a partir de su asociación con los principales procesos económicos observados en el período, con el propósito de tener un acercamiento a la interrelación entre crecimiento demográfico y desarrollo económico.

El documento se divide en cinco apartados: en el primero se desarrollan algunas reflexiones generales acerca de la vinculación entre población y desarrollo. En el segundo se señalan las principales características del contexto internacional de la dinámica económica en que se inscribe nuestro período de análisis. La tercera parte resume el comportamiento de los determinantes demográficos y su incidencia en la evolución poblacional del país. En el cuarto punto se discute el rol de las políticas de población en el marco de la planeación económica. En el quinto apartado se intenta vincular los principales rasgos del desarrollo económico de México con los fenómenos demográficos, haciendo una separación en dos subperíodos claramente diferenciados: 1950-1970 y 1970- 1995. Finalmente, se hacen algunas consideraciones sobre el tema con base en la evolución observada por ambos procesos.

Reflexiones generales

Las repercusiones que la dimensión demográfica tiene en el desarrollo económico y social se originan en el doble papel que desempeña la población, como productora y consumidora. De esta manera, el efecto del volumen de habitantes en el nivel y las condiciones de vida depende del equilibrio de las fuerzas que el crecimiento, composición y distribución de la población aplica a la demanda, oferta y distribución de bienes y servicios en la sociedad. El efecto final de las distintas influencias será el resultado de una intrincada red de asociaciones que vinculan las tendencias y características demográficas con las diversas variables económicas, sociales e institucionales pertinentes.

La relación entre crecimiento de la población y desarrollo económico es entonces una cuestión bastante compleja. Una población creciente significa una oferta cada vez mayor de uno de los factores de la producción: la fuerza de trabajo.

Casi de manera invariable, esto conduce a una producción total en aumento, pero también da lugar a un mayor número de personas entre las cuales debe dividirse esta producción.

Que el impacto neto del crecimiento demográfico sobre el nivel de producción per cápita de una sociedad sea positivo, neutro o negativo, dependerá entonces de la manera particular en que ocurra el incremento de la población. Si por ejemplo, el crecimiento de la población está asociado a una fecundidad elevada ya un número creciente de infantes respecto a los adultos, entonces la cantidad de consumidores aumentará en forma más vertiginosa que la de productores y la relación de dependencia será un lastre que conducirá presumiblemente, a un efecto negativo. Ahora bien, si existe un aumento en la esperanza de vida que extienda el número de años productivos de los trabajadores de la sociedad, entonces el problema de una carga acrecentada de dependencia familiar puede ser compensado, al menos parcialmente.

Además de la forma de crecimiento de la población, hay que reparar en el contexto en que este ocurra. Una población creciente dentro de un área geográfica limitada puede *ejercer* fuerte presión sobre los recursos naturales disponibles de una comunidad. De igual modo, si la sociedad dispone de un acervo limitado de bienes de capital, tal vez tenga que sustituirse el trabajo por métodos más efectivos de producción y más intensivos en capital. En este caso, puede también compensarse por el hecho de que la población creciente representa un mercado en expansión para los bienes que la sociedad está produciendo. Un mercado cada vez más amplio puede a su vez estimular a la sociedad hacia niveles elevados de inversión en bienes de capital, que apresurará el paso de la actividad económica y aumentará las oportunidades de ocupación y de empleos. Asimismo, puede constituirse en una salida para los productos de las industrias eficientes de producción masiva y en gran escala. En ciertas circunstancias, estos efectos pueden ser más que suficientemente fuertes para compensar la presión sobre los recursos o sobre las existencias de bienes de capital.

En síntesis, el crecimiento de la población puede ser favorable o no para el desarrollo económico de una región, dependiendo de dónde, cuándo y cómo ocurra. En cada caso se deben ponderar los efectos positivos de una creciente fuerza de trabajo y de los mercados en expansión en relación con los negativos de la presión sobre los recursos y el capital y, por supuesto, se debe tomar en cuenta la dispersión de cualquier producción total entre un mayor número de personas.

Este planteamiento desde luego se relaciona con las consecuencias del crecimiento de la población sobre el desarrollo económico, pero en realidad éste puede también tener efectos sobre el crecimiento demográfico y esta es una cuestión aún más compleja que la anterior.

Gran parte del incremento poblacional que los países desarrollados experimentaron en el pasado, debe atribuirse a la persistente disminución de la tasa de mortalidad, vinculada en forma estrecha al progreso económico que en ellos se estaba experimentando. El desarrollo económico produjo así, patrones de vida más elevados y junto con ello se dieron grandes avances sanitarios, en la salud pública y en la medicina. La combinación de las condiciones económicas mejoradas y un enfoque cada vez más científico de la medicina, se reflejó en esperanzas de vida más prolongadas y en una fuerte declinación de la mortalidad infantil.

No obstante, la aceleración del crecimiento de la población, causada por una mortalidad decreciente y una fecundidad estabilizada, sólo representó una fase de un proceso más amplio de evolución demográfica que suele conocerse como de "transición demográfica". Una serie de influencias relacionadas con la modernización, incidieron posteriormente en una reducción de la fecundidad. De esta forma, la tasa de natalidad decreciente detuvo, y eventualmente invirtió, la tendencia al mayor crecimiento de la población, restableciendo en un nivel más bajo el equilibrio entre nacimientos y defunciones.

En general, el incremento moderno de la población en los países desarrollados ocurrió en forma paralela y fue en realidad parte integrante de un proceso más general de industrialización, progreso tecnológico y elevación de los niveles de vida. Es muy probable que las primeras etapas de la evolución industrial hubieran resultado más lentas si la población también hubiese crecido con menor rapidez. Con frecuencia se sostiene que el acelerado crecimiento demográfico de esos países fue simultáneamente una condición para la expansión y desarrollo de su economía y una consecuencia de ellos.

Desde luego, los países en desarrollo se encuentran en una situación que es en muchos aspectos distinta de la que existía en las naciones ya desarrolladas al comienzo de su industrialización. La posibilidad de importar ciertos subproductos del desarrollo de los países avanzados ha sido un factor importante en la rápida

ampliación de sus poblaciones. La extensión de las técnicas occidentales y norteamericanas de salud pública, de sanidad y de la medicina a los países subdesarrollados, ha permitido una disminución de las tasas de mortalidad y, de esa manera, un acelerado crecimiento de la población aun en ausencia de mejores niveles de vida y de otros fenómenos inherentes al progreso económico. A causa de los logros de la ciencia moderna, la rápida multiplicación de la población es la regla aun en aquellos países donde la pobreza de las masas continúa siendo el hecho sobresaliente de la vida económica. El crecimiento demográfico no ha resultado en este caso compatible con el desarrollo económico, convirtiéndose en consecuencia en una preocupación de las naciones pobres para elevar, e incluso para mantener, un nivel de vida, ya de por sí bajo.

El contexto internacional de la dinámica económica

Un factor importante en el análisis de la relación a que nos hemos referido, es la ponderación de los alcances de los modelos de desarrollo económico implementados particularmente en los países en vías de desarrollo, bajo la inercia de la dinámica económica internacional.

Para fines prácticos de este trabajo, hemos considerado prudente no profundizar en las características, efectos y repercusiones de los modelos de desarrollo adoptados en los países en vías de desarrollo, pero sí es preciso sintetizar algunas peculiaridades de éstos, con el fin de contextualizar su presencia y desarrollo en un marco analítico que nos permita entender con mayor claridad, los efectos recíprocos entre el crecimiento demográfico y el económico.

En la década de los setentas, las economías del mundo finalizan un período de expansión y crecimiento económico continuo, que había comenzado con la recuperación de los países industrializados de occidente al término de la Segunda Guerra Mundial. El contexto internacional se torna entonces incierto, se presentan signos de recesión, creciente inflación y de profundas desigualdades económicas tanto al interior, como entre las naciones. Esta situación llevó a la promoción e instrumentación de una serie de medidas inspiradas en un enfoque neoliberal y orientadas a la estabilización económica. Los principales efectos de este modelo son:

- a.- La concentración de actividades económicas en zonas urbanas.
- b.- La hegemonización de los sectores industrial, comercial y de servicios sobre las actividades primarias.
- c.- El fortalecimiento del proceso de importación de tecnología ahorradora de mano de obra.
- d.- Una inequitativa distribución de ingreso.

En la actualidad, se advierte una agudización de estos procesos al intensificarse las políticas neoliberales a partir de la década de los ochentas.

Este contexto general, se considera básico para una adecuada comprensión de los principales acontecimientos del desarrollo económico y de la dinámica demográfica, así como de los elementos de política que han influido sobre la evolución de tal dinámica.

Los determinantes de la dinámica demográfica en México

Como se señaló con anterioridad, el proceso por el cual las poblaciones pasan de una situación en la que los niveles de fecundidad y mortalidad son elevados a otra donde éstos son bajos, se ha llamado "transición demográfica".

Al igual que en la gran mayoría de países, en México el inicio de este proceso estuvo marcado por el descenso en la mortalidad. La esperanza de vida al nacimiento a principios del siglo actual era cercana a los 30 años ya pesar de que descendió durante el período de la revolución, los incrementos a partir de entonces han sido notables: en 1994 se estimaba en 72.6 años.

Por el contrario, la fecundidad permaneció en niveles altos con ligeras variaciones, hasta fines de los años sesentas. Su descenso se inició casi cinco décadas después del registrado en la mortalidad. Los programas gubernamentales orientados a reducir el ritmo de crecimiento de la población que se pusieron en vigor en los setentas, aceleraron la baja en la fecundidad.

Como resultado de estas tendencias, la población mexicana ha experimentado grandes cambios a lo largo del siglo. La población total aumentó

casi seis veces al pasar de 13.6 millones en 1900 a 91.1 en 1995. El ritmo de crecimiento y la estructura por edades se modificaron a grandes rasgos desde fines del siglo pasado y se pueden distinguir cuatro períodos. El primero, que abarca hasta 1910, se caracteriza por un crecimiento relativamente lento y constante y una estructura por edades predominantemente joven. El segundo corresponde a los años de la Revolución en que el crecimiento se redujo a la mitad y la estructura por edades envejeció. Durante las cinco décadas que van de los años veinte a los sesenta, el crecimiento de la población se aceleró en forma tal que llegó a duplicarse aumentando también en forma considerable la proporción de menores de quince años. Finalmente, en 1970 se inicia un período en el que el ritmo decrecimiento tiende a disminuir y la estructura a envejecer.

Si bien el descenso en la fecundidad ya ha dado lugar a una disminución en el crecimiento, este efecto se hará más notable a principios del siglo XXI en que las primeras generaciones reducidas alcanzarán las edades de mayor fecundidad. Esto significa que el proceso de transición demográfica en México no ha sido aún completado.

Las políticas de población

El análisis de la evolución demográfica de nuestro país y su relación con los procesos económicos y sociales, hace necesario incorporar el tema de las políticas de población, así como a los planteamientos generales que de ella se derivan, ya que en esta revisión, podemos encontrar los factores explicativos de la relación entre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico.

Las Políticas de Población se refieren a una gran diversidad de tareas en el ámbito poblacional y comprenden el extenso campo de la dinámica poblacional: la fecundidad, la mortalidad, la migración -interna e internacional- y la distribución espacial de la población, así como la vinculación que tienen estos procesos en forma conjunta, con las condiciones del desarrollo económico.

La Comisión Económica para América Latina (CEPAL), define la política de población como "la adopción, por el gobierno de un país, de medidas integradas a los programas socioeconómicos, que estén deliberadamente orientados a influir

sobre una variable demográfica, ya sea como efecto principal de ellas o como efecto lateral previsto, con el fin de contribuir a armonizar las tendencias de la población con las de desarrollo".

De esta definición conceptual se deriva que la población y el desarrollo son dos aspectos en los que se debe buscar un equilibrio que satisfaga los requerimientos y necesidades de ambos, complementándose en un proceso de desarrollo integral.

En nuestro país, el marco jurídico que orienta las políticas de población es la Ley General de Población y en ella se reconoce también la existencia de una relación directa entre población y desarrollo, al establecer que se deben "adecuar los programas de desarrollo económico y social a las necesidades que planteen el volumen, estructura, dinámica y distribución de la población". Asimismo, se plantea una "preocupación por los fenómenos que afectan a la población", ya que su fin es que ésta participe justa y equitativamente de los beneficios del desarrollo económico y social.

La cuestión demográfica ha estado presente en los diseños de los planes nacionales de desarrollo, a partir del agotamiento del modelo de sustitución de importaciones y con mayor vigor, a raíz de la agudización de la crisis en el año de 1982.

La planeación del desarrollo económico comienza a dar especial importancia a los planes demográficos a partir de la administración de Echeverría, debido a las exigencias de programación planteadas por una nueva estrategia económica que pretendía responder a los desequilibrios económicos que empezaban a presentarse en el país. Para coadyuvar al saneamiento económico se requirió incidir en un aspecto fundamental: reducir el crecimiento demográfico. Y así como se proponen metas en los rubros económicos, se empiezan a establecer en el ámbito del crecimiento poblacional.

En este contexto, se privilegia la planeación demográfica con programas específicos y metas cuantitativas, toda vez que viene a ser un factor importante para alcanzar los objetivos económicos de mediano y largo plazo.

La evolución económica y poblacional

Periodo 1950-1970

El Desarrollo Económico

Los años cincuenta representan un período de ascenso indiscutible en el proceso de industrialización por sustitución de importaciones cuya consolidación ocurre en el siguiente decenio y que conforman la etapa del desarrollo estabilizador.

El modelo de sustitución de importaciones, además de adecuarse a la situación mundial imperante en ese momento, constituyó una alternativa a las necesidades de crecimiento económico requeridas por el país, al facilitar la acumulación de divisas a través de la expansión de los mercados para las exportaciones y ofrecer a los industriales un mercado nacional totalmente protegido en el cual pudieran invertir y obtener sustanciales beneficios.

Este modelo de desarrollo permitió un crecimiento acelerado de la economía. La tasa media anual de crecimiento del PIB en este lapso fue superior al 6 por ciento, duplicándose el producto por habitante; los salarios reales -en particular en los sectores no agrícolas- se incrementaron sustancialmente y la inflación se mantuvo en niveles bajos. Pese a estos progresos, la gran desigualdad en la distribución del ingreso, el fuerte déficit fiscal, el crecimiento del desequilibrio comercial y financiero con el exterior y la sobrevaluación del peso frente al dólar, fueron algunas exigencias que quedaban sin resolver.

Los Fenómenos Demográficos

Los avances alcanzados en el ámbito económico y social se reflejaron en el plano demográfico en una disminución de la mortalidad y el prevaecimiento de una elevada natalidad que sirvieron de escenario al más importante crecimiento de la población del país. En el decenio 1950-1960 este incremento fue de 3.1 por ciento promedio anual y para el siguiente alcanzó 3.4 por ciento, uno de los más elevados a nivel mundial.

El creciente gasto social del gobierno federal permitió el acceso de amplios sectores de la población a mejores condiciones de salud, alimentación y educación,

lo cual explica en gran medida, el descenso en los niveles de mortalidad y el aumento en la esperanza de vida al nacimiento para ambos sexos que pasó de 48.4 años en 1950, a 57.9 en 1960 y 61.0 en 1970.

Sin embargo, el mejoramiento de las condiciones económicas y sociales no llegó a modificar el comportamiento reproductivo. La natalidad permaneció en este período en niveles elevados y casi constantes.

Por otra parte, el acelerado crecimiento de la población se manifestaba principalmente en una expansión de los grandes centros urbanos. La población urbana que en 1950 alcanzaba el 43 por ciento del total, se convirtió en mayoritaria en 1970 al representar el 59 por ciento, no sólo como consecuencia del considerable aumento de la tasa de crecimiento natural en las áreas urbanas, sino de las masivas transferencias de fuerza de trabajo del campo a la ciudad originadas por el proceso de industrialización.

Al respecto, debe señalarse que entre 1950 y 1970 se da un avance importante de la expansión capitalista que se traduce en un crecimiento de la ocupación en las actividades secundarias y terciarias, en particular en el sector manufacturero y en los servicios. El empleo agrícola había alcanzado prácticamente su límite máximo como consecuencia del agotamiento de la frontera agrícola, de la utilización de cultivos poco intensivos en mano de obra y de la relación desfavorable de los precios de los productos de la economía campesina respecto a los bienes industriales.

Al inicio de nuestro período de análisis, la Población Económicamente Activa (PEA) del país representaba 8.4 millones de habitantes. Casi el 60 por ciento de ella era absorbida por el sector primario, el 17 por ciento por las actividades industriales y el 24 por ciento por el comercio y los servicios. Se inicia entonces una tendencia a la disminución relativa de la ocupación en las actividades agropecuarias que pasan a emplear el 39.4 por ciento de la PEA en 1970, creciendo la importancia relativa del sector secundario a 25.3 por ciento y, de manera más sobresaliente, las actividades terciarias con 35.3 por ciento.

Periodo 1970-1995

El Desarrollo Económico

Con el fin de los setenta, acaba también el período de crecimiento sostenido y estable del desarrollo económico de México. Profundas transformaciones en el contexto económico internacional y las contradicciones generadas por el patrón de acumulación de capital adoptado tienden a constituirse en las principales limitantes para su continuación.

Algunos autores caracterizan el período de 1970 a 1981 como la última etapa de la fase de rápido crecimiento económico y el que inicia en 1982, como de crisis y recesión. Sin embargo, las dos pueden considerarse como de transición entre una estrategia de crecimiento basada en el desarrollo del mercado interno, la sustitución de importaciones, la industrialización protegida y con una fuerte intervención estatal, por la de otra orientada hacia la apertura comercial, el desarrollo de las capacidades de exportación para una economía globalizada, la reestructuración del aparato productivo y el redimensionamiento del rol del Estado en la actividad económica:

A principios de los años setenta, la economía mexicana empieza a mostrar síntomas de una tendencia al estancamiento. Entre 1970 y 1977 la tasa media de crecimiento del PIB fue de 5.7 por ciento y pudo aumentar su nivel a 8.4 por ciento entre 1978 y 1981, debido a que la coyuntura favorable del mercado mundial del petróleo permitió un breve auge que retrasó la tendencia que ya se manifestaba. En el período de 1982 a 1986 se observa un alto grado de inestabilidad registrándose tasas negativas en tres de los cinco años, para volver a crecer entre 1987 y 1994 a una tasa ligeramente superior a la del aumento de la población. De esta manera, se arriba a 1995 en que la economía sufre el peor retroceso de la historia reciente con una caída de 6.9 por ciento en el PIB.

Los altos niveles de inflación observados a mediados de los ochenta, convierten el combate a este fenómeno en el centro de la política económica. La utilización de los salarios como variable de ajuste, afectó profundamente los ingresos reales de la clase trabajadora partir de 1976 en que inician una tendencia constante a la disminución. En 1995 el salario mínimo general real representaba apenas el 25 por ciento respecto a 1976.

Otros de los signos negativos que caracterizan este período son:

- El excesivo endeudamiento, tanto interno como externo de los sectores público y privado, que hace crisis en 1981 convirtiéndose en uno de los argumentos para justificar un cambio radical en la estrategia de desarrollo.
- La drástica reducción del gasto público y los ajustes en el sistema fiscal con que se enfrenta el crecimiento del déficit presupuestal manifestado en los setenta.
- Los desequilibrios externos que condujeron a sucesivas devaluaciones de la moneda.

Los Fenómenos Demográficos

En este período se da una importante reducción *en* el ritmo de crecimiento de la población al pasar de una tasa de 3.2 por ciento en la década de los setenta a una de 2.0 entre 1980 y 1995. Si bien la mortalidad continuó una tendencia descendente, el ritmo fue significativamente inferior al del período precedente. De igual manera, la esperanza de vida al nacimiento para ambos sexos aumentó en menor proporción que el período anterior pasando de 61.0 años en 1970 a 72.6 en 1995.

En relación a la fecundidad, se observa una modificación importante en el comportamiento reproductivo de la población que se manifiesta en un continuo descenso de las tasas de natalidad, marcando una nueva etapa en la cual el futuro del crecimiento poblacional estará principalmente en función de la dinámica de esta variable.

La tendencia a una mayor urbanización continuó, aunque a tasas ligeramente menores que en las dos décadas previas. La concentración de la población en áreas urbanas en este período pasó de representar el 58.7 por ciento del total en 1970, al 71.3 por ciento en 1990.

En este lapso se confirma la incapacidad de la agricultura para generar nuevas ocupaciones y el aceleramiento del proceso de terciarización del empleo. La modernización del comercio iniciada en los años cincuenta, manifiesta con claridad sus efectos sobre el empleo. La PEA por sector de actividad continúa la

tendencia hacia la terciarización del empleo. Si bien la ocupación en actividades primarias crece ligeramente en términos absolutos entre 1970 y 1990, ve disminuir su participación relativa pasando de absorber el 39 por ciento del total en 1970, al 24 por ciento en 1990. Asimismo, crece la importancia relativa del empleo en actividades industriales de 25 a 29 por ciento, mientras que el comercio y los servicios se convierten en los principales sectores empleadores al contribuir con el 48 por ciento de la ocupación total en 1990, cuando en 1970 lo hacían con sólo el 35 por ciento.

Como resultado de las altas tasas de crecimiento de la población observadas en el período anterior, se manifiesta un sostenido aumento de la oferta de fuerza de trabajo. La población de 12 años y más creció a una tasa de 3.9 por ciento entre 1970 y 1980 y a 2.9 por ciento entre 1980 y 1995, mientras la población total 10 hacía a 3.2 y 2.0 por ciento respectivamente.

Sin embargo, el aparato productivo ha resultado cada vez más incapaz de absorber en ocupaciones formales protegidas por las redes de seguridad social, el crecimiento de la oferta laboral. La dinámica del empleo en los sectores formales se encuentra ligada a las políticas de ajuste y apertura de la economía que han tenido, entre otras consecuencias, una disminución en la tasa de generación de empleos - directos e indirectos- por parte del Gobierno y la desaparición de establecimientos de aquellas ramas de actividad sometidas a una competencia internacional desfavorable en términos de tecnología y de precios relativos.

El sector informal ocupaba en 1995 cerca del 25 por ciento de la población ocupada total, mientras que la tasa de desempleo abierto en las principales áreas urbanas del país, creció más del doble entre 1990 y 1995, al pasar de 2.4 a 6.4 por ciento. El crecimiento de las actividades de la economía informal, obedece a la necesidad de alternativas de subsistencia de la población y se viene reflejando en un aumento de las unidades económicas de pequeña escala, del trabajo por cuenta propia y del trabajo familiar no remunerado.

Consideraciones finales

En la dinámica poblacional de nuestro país y su vinculación con la evolución económica, se pueden identificar dos períodos: el primero de 1950 a 1970, se caracteriza por un incremento acelerado de la población que fue sin

embargo, acompañado de un crecimiento económico aún más elevado que permitió mejores condiciones de vida. En el segundo, que abarca de 1970 a 1995, el crecimiento demográfico reduce sustancialmente su ritmo, mientras que la economía entra a un período de gran inestabilidad, en el que las necesidades de empleo, educación, vivienda y salud de la población 'no logran ser resueltas. Esta situación se ve particularmente agravada a partir de los ochenta.

Lo anterior refleja que los altos ritmos de aumento poblacional no conducen siempre y de una manera automática a efectos regresivos en el desarrollo económico, pero tampoco la sola presencia de tasas moderadas de incremento demográfico asegura el crecimiento económico.

Es claro que los problemas económicos actuales de nuestro país tienen su origen en factores de mayor jerarquía que los de orden demográfico. No obstante, este es uno de los argumentos a los que con mayor frecuencia se recurre para justificar la ineficacia de las políticas económicas.

En este contexto, se plantea la necesidad de enfrentarlos a través de la incidencia en una de las variables poblacionales: la fecundidad, concebida como un instrumento de control para adecuar la dinámica demográfica a los programas y objetivos económicos. Esta ha sido la orientación fundamental de la política de población de nuestro país en los últimos años.

Ciertamente, en las circunstancias actuales una mayor disminución en los niveles de fecundidad podría ser un elemento que coadyuve a aminorar las presiones futuras en la demanda de servicios. Sin embargo, debe quedar claro que este es sólo un aspecto dentro de la gran diversidad de desafíos que se deben encarar para responder a los desajustes originados por el modelo de desarrollo neoliberal en boga.

El acentuamiento de la precariedad de las condiciones de vida y de trabajo de la población, el retroceso de los salarios reales y el incremento de las tasas de subempleo y de desempleo, no son el resultado único de un excesivo crecimiento poblacional sino, en gran medida, son el elevado costo social de las propias políticas de ajuste adoptadas en el país, que han subordinado los intereses de la mayoría de la población.